

AUIUDA

SEMAMARIO DE LA SOLIDARIDAD

AUIUDA

AÑO II.—NÚM. 51

Madrid, 18 de abril de 1937

Precio: 15 cts.

La aviación fascista, que ya no se atreve a cruzar el cielo de nuestra capital, ha delegado estos días en los cañones extranjeros el importante «objetivo» de asesinar a nuestra población no combatiente. ¡Ahorremos vidas y ayudemos a la victoria, alejando de Madrid a todos los que no estén ligados directamente a la lucha!



NUEVA FE (Sobre la guerra)

CANTO

Cumple la luna su severo cerco
por la redonda tierra contenida;
cruza serena y mira sobre el campo:
duerme el sembrado entre sus blandos ríos.
Las aguas cumplen limpidas las horas,
a su continuo viaje sometidas;
no se olvida la yerba del ganado:
en el árbol la flor busca su puesto.
Ni es hoy ayer, ni lejos del presente
el futuro tan libre se imagina,
porque una sola estrella allá en su cumbre
orden da sobre el mundo que equilibra.
¿En qué sueño, tú, guerra, te figuras
que en alterado empeño has de lograr,
trocando el caminar del Universo?
Porque en la negación te has elegido
el embeleco que tus hierros forja
y con orgullo pisas, sin fijarte
que al darte luz el sol tus sombras mira.
Vuelve hacia el cielo tus cerrados ojos
y déjalos abiertos sin presura;
vuelve después y mira tu recuerdo:
¿puedes cambiar la flecha de la Historia?
Así, deja, abandona tus potencias,

que el mundo marcha con la luz del día;
mira otra vez la tierra; mira el agua
fecundando de nuevo sus semillas.

El hombre acude con su lento arado
a pulsar cotidiano, sobre el surco,
el corazón del pan, porque se enciende
y conduce el misterio de su llanto.
Cada día en silencio, con su azada,
labra la misma tierra en que reposa
el pie que lo sostiene y lo levanta,
el mismo pie que ha de guardar su tumba.
Trabaja el hombre entre sus lentos bueyes;
alta el sol, mojándolo en sus rayos.
Trabaja el hombre y ve subir la aurora
y con ella las aves que la anuncian.
Trabaja el hombre y su trabajo prende
al campo entero que alza en su dominio.
Míralo, guerra, y vuélvete en tus llamas;
respetar el fiel que en su razón te acusa.

Mas no escuchas mi voz, guerra. ¡Te llamo!
¿No ves mi sangre, que por ti está abierta?
¿No quieres ver mi ejemplo, que te brinda
a deponer tus armas impotentes?
Dulce es el mundo si en la paz nos brilla;
dulce es el sueño cuando es dulce el mundo;

surge la aurora y rápida fecunda
con su luto la luz de que alimenta.
¡Ay, dolor, qué larga espina entonces
en nuestra muerta paz clava infinita!
Que la razón se esconde o se deforma
cuando la angustia es dueña del lamento.

¡Ay, guerra! Tú, como la sombra misma,
luto das sobre el campo, que ya ausente
el hombre surco más profundo busca
donde darle a la muerte su memoria.
Los brazos de sus árboles, quemados,
se levantan al cielo ignominiosos;
tronchadas sus acequias se desangran
sobre su pecho roto y sus ruinas.
En cenizas el viento se dilata,
ahogando en el terror su gran hoguera.
Guerra: tu sombra, con su yerto frío,
oblando está la tierra en que agonizas.

Si el hombre caminaba lentamente,
pulsando el pan de su trabajo duro,
puesta su frente en el naciente día
y en el maduro fruto que apresaba,
seguro el hombre andaba por el tiempo,
cumpliendo las promesas de su tallo.
¡Oh, flor fecunda! ¡Cuánto ardor latente,

sin sangre, ya en sus plantas se sentía!
¡Cuánta ventura en sus ligeras hoces
soñaba con los mares de sus trigos!
Pero tú, guerra, ¿qué veneno impulsas?
¿Qué desatado freno te ha perdido?
Tu visita importuna te delata
a las más tristes formas de la vida;
que si en soberbia tu valor se enciende,
te humilla la traición de que has nacido.

¡Ay, guerra, guerra! Inútilmente clamo
la imagen fiel que logre con su enseña
fuera arrojar de tu infecundo cuerpo
el fantasma sin luz con que te alumbra;
porque el hombre, aprendiendo en sus recuerdos,
hoy va alegre a los campos de sus luchas,
y si el surco cambió por la trinchera
y más hondo bajó, con esta hondura
más fuerte en la raíz que sepa alzarlo
se sostendrá en el árbol de su gloria.
¡Ay, dura guerra! ¿De qué voz te engañas?
¿Qué brújula te ha uncido con la Muerte?
¡Mira a los bellos hijos de la Aurora!
Termina, guerra, que no en vano canto
la paz que anuncia espigas de victoria.

E. PRADOS

ARCHIVOS
ESTATALES

Del martirologio de la Libertad

Prestes, caudillo liberador

UNA MOCEDAD HENCHIDA
DE PROMESAS

Prestes puso en las obras del poeta brasileño Castro Alves singular dilección.

"No quiero ser esclavo.
Brasil no ha criado más que héroes."

No podía ser de otro modo. "Lo semejante — decía la cálida sapiencia griega — simpatiza con lo semejante." Y en esos versos del gran vate revolucionario se quintaesencia cuanto bullía en el pecho y en el pensamiento de Prestes, su política, su ética, su concepción del universo, su psicología entera. Ellos son el lema de esa epopeya memorable, escrita por Prestes con sangre de sus hazañas y con los fríos sudores de su dolor. Desde la más temprana mocedad, a nuestro héroe le espoleó, tozudo, únicamente un anhelo: liberar, con su patria, las masas trabajadoras. En alcanzar ese fin cifró la justificación de su existencia. Todo lo demás, ante tamaña empresa, eran simples aditamentos, incluso su más enrañada subjetividad.

No podía ser de otro modo. En su linaje consta tradición y ejemplo revolucionarios. Ya en la cuna, Prestes fué amamantado en las ideas liberales. Su padre había acompañado en múltiples andanzas políticas a Benjamín Constant, fundador de la República del Brasil. Ambos combatieron contra la esclavitud y la monarquía.

A tales antecedentes de ejemplaridad y de herencia se añade otra circunstancia. Circunstancia decisiva, que, sin duda, ayudó a predeterminar el destino de Prestes: la posibilidad de sus proezas, su prestigio proselitista, su nombradía, su odisea en el destierro, como asimismo el martirio de sus días en el presidio. Luis Carlos Prestes estudió en la Escuela Militar de Río de Janeiro. De no ser oficial, no hubiera podido organizar, como organizó, con idónea suficiencia y propicia ocasión, un minúsculo, pero eficiente, ejército revolucionario. Porque en el mundo de las realidades nada puede el derecho si no va apuntalado por la fuerza. "Hasta donde alcance tu poder — nos dijo Espinosa —, hasta ahí alcanzará tu derecho."

Sólo que Prestes puso la violencia al servicio, no de los opresores, sino de los oprimidos. Libertaba, no ahorraba. Reivindicaba derechos, no violentaba la justicia. También él había trepado por ese áspero recuesto del vivir cotidiano, ubérrimo en apremiantes necesidades, en agobios, en insatisfacciones y humillaciones. Era él mismo quien, ya desde sus años mozos, sustentaba a su familia. Su madre era viuda pobre. Y en la Escuela de Guerra entre sus discípulos abundaban los hijos de hacendados. Temprano comenzó a envasarle el alma esa trágica contradicción que, como buido puñal, atraviesa el curso de la Historia: la contradicción entre el rico y el pobre.

Lo cual no afectaba ni su magnanimidad ni su irresistible poder de captación. Sus compañeros tendían hacia él con efusiva cordialidad. Gozaba de gran predicamento. Era el mejor

alumno. Hasta se le premió con una medalla de oro. Otros en su lugar hubieran acallado en ellos todo asomo de rebeldía, adormecidos por el vino de la vanagloria, acomodaticios y claudicantes. Pero un destino profético latía en aquel cadete de facciones hermosamente graves, elocuentes en su gravedad, sin ceño en la mirada, pese a su resuelta y reconcentrada energía. Prestes no había nacido para vivir en mentira de cortesía tributada a los poderosos. Brasil precisaba de un paladín de la libertad.

BRASIL, PRESA DE LA RAPIÑA

A la comprensión de toda personalidad histórica llegaremos mediante el conocimiento del medio donde vive. Tal es la vía que conduce a la explicación, y no a la mera descripción, de una cosa. Ideas y actos enraizan, en último término, en la realidad circundante. ¿Cómo concebiríamos a un Prestes, heroico liberador, en un Brasil emancipado del imperialismo internacional y de la plutocracia nacional? La libertad que Prestes proclama airadamente es réplica a la tiranía que le rodea.

Porque tiranía de hecho sojuzga a Brasil entero. En este punto sus instituciones parlamentarias son afeite que enmascara la auténtica realidad, instrumento que coadyuva a los designios expoliadores de la clase dominante. Brasil es, en efecto, una colonia angloyanqui. País gigantesco en su vastedad y en sus riquezas, sobre él se abaten, como buitres a los despojos, los financieros colonialistas. En él se ceban con regosto de apetencia jamás abita. Y a este propósito los gobernantes son cómplices asalariados de la rapiña. Caucho, cafetales, minas, ferrocarriles, carnes para la exportación, casas bancarias, todo está monopolizado por manos extranjeras. Inclusive un norteamericano, el multimillonario Ford, viene a ser como el Rey Sol de un minúsculo Estado engastado en el Estado brasileño. Ejerce soberanía en una comarca ribereña del Amazonas. Tiene ejército propio, jurisdicción policíaca y administrativa propias. Es la manera de amasar pingües ganancias. Por desguazar de sol a sol, en las selvas de caucho, los indios de aquel infierno tropical, son remunerados por jornada con veinticinco céntimos de franco francés.

Esto nos da idea de la economía brasileña. Una economía que baraja con la más moderna técnica capitalista reminiscencias de métodos esclavistas y feudales. Braceros de color por millones, calcinados por el calor y el esfuerzo, laboran en las haciendas de potentados terratenientes. Aún existe en algunas regiones el "derecho de pernada", la prohibición de trasladarse de una a otra comarca: costumbres medievales, escarnecedoras de la personalidad humana. Por no citar un espectáculo que, supervivencia de otros tiempos, pregona todavía, en ciertas provincias, la ignominia de una deshumanización radical: la venta de esclavos.

HACIA LA CONCIENCIA
DE LA LIBERTAD

Corría el año de 1924. Brasil rebullía acicatado por hondo anhelo revolucionario. No era algo insólito en los anales de aquel país. Ya en julio de 1922 acaeció un fenómeno tan sintomático, tan paladinamente revelador como preñado de futuro: de consuno con masas proletarias, los cadetes de Río de Janeiro se alzaron a mano airada contra el Gobierno. Estaba echada la suerte. La rebeldía justiciera acababa de traspasar el Rubicón.

Poco importa que el alzamiento haya sido desjarretado. La sangre y el dolor, el martirio de las represiones, son el abono más fertilizante de los valores en ciernes. Aquellos héroes de Copacabana, inmolados con concono, sembraron a voleo, con su ejemplo, la buena nueva revolucionaria. Bastaron dos años para que ese proceso de subversión cobrara cierta amplitud y madurez. En 1924 se subleva el Estado de San Paulo. Comenzaba a despertar en el alma brasileña eso que para Hegel da significación al curso de la Historia: la conciencia de la libertad.

LA EPOPEYA DEL "CABALLERO
DE LA ESPERANZA"

Prestes es un héroe en el sentido que daba Carlyle a ese vocablo: un adalid de multitudes. Se sublevó con su batallón. A su ánimo ejecutivo no le bastaba la palabra. A diferencia de otros, era su verbo el verbo de su ac-



ción, era su acción la acción de su verbo. Nació para crear historia.

¡Hazaña sin par la de Prestes! Con mil quinientos valientes tuvo en jaque a todo un ejército gubernamental. Nada le arredaba. Nada podían contra él las celadas enemigas. Se escabullía como anguila. Atacaba; se defendía; iniciaba una retirada; irrumpía en furibundo contraataque. Las victorias alternaban con las derrotas. No conocía el desaliento. "¡Que no se apague el fuego de la revolución!", era el grito de guerra que trompeteaba a sus huestes. Así pudo recorrer Brasil por todos sus ámbitos, a través de una naturaleza pródiga en mortales zancadillas y en ingentes obstáculos. Durante dos años y medio tremoló de Sur a Norte, del Paraná al Atlántico, la enseña de la libertad, acosado por un enemigo implacable, cuya consigna era: "¡Nada de prisioneros!" ¡Proeza extraordinaria! Ella nos fuerza a recordar la antigüedad: cuando Espartaco, adalid de esclavos con rebeldía, humilló con su bravura el orgullo de los generales romanos y sembró el espanto entre los patricios esclavistas. Porque idéntico espanto agarró a las clases conservadoras del Brasil. Idéntica humillación abatió, sin duda, la altivez autoritaria del Gobierno brasileño.

Pero la contrarrevolución no soltaba su presa. Lanzó contra Prestes des-

tacamento tras des-
tacamento. Nada
escatimó para ani-
quilarle. Y Prestes,
el "Caballero de la
Esperanza", trans-
puso con su glorio-
sa columna, mal-
trecha, casi exhausa-
ta, la frontera de
Bolivia. Corría fe-
brero de 1927.

DE LA CONCIENCIA
DE NACIONALIDAD
A LA CONCIENCIA
DE CLASE

Vida de desterrado. Nostalgias, penuria, amargas meditaciones. Prestes, al fin, hizo alto en su dolorosa peregrinación. El confinado se refugia en la Ciudad del Plata. Buen compás de espera aquella estada. Desde allí podía mejor avizorar su patria, planear nuevas cabalgadas revolucionarias y, al contacto de hermanos en desgracia y en ideas, recobrar briosas esperanzas.

Allí fué donde le silbó al oído la serpiente del soborno. La canción es por demás tradicional en el mundo político. Ofertas fascinadoras: poderío, riquezas, satisfacciones de la vanidad, vida regalada. Su precio: la traición. Y a Prestes se le brindaba con una cartera de ministro. En trueque de ello debía echar una losa a todo propósito revolucionario, incluso prestar mano fuerte a un futuro golpe de Estado. Así se lo anunciaron unos emisarios de Vargas, el Presidente brasileño.

Pero tan deslumbradoras anuncios no se hicieron para alucinar voluntades como la de Prestes. En el héroe no se da la flaqueza ni la prevaricación. Lo cual no impidió que el Presidente diera cima a sus proyectos. A Brasil se le escarneció con un nuevo inri: una dictadura más sangrienta vino a sustituir a otra. Tal exigían las conveniencias soberanas de la rapacidad imperialista.

Es entonces cuando Prestes añade nueva significación completa a su personalidad histórica, enriqueciéndola, poniéndola a tono con el siglo. Ya no le bastaba con despertar entre las abigarradas muchedumbres indígenas, indios y negros, mulatos, cafuzos, mameucos y cuarterones, la conciencia de la nacionalidad, esa conciencia que aflora en las postrimerías de la Edad Media y se propaga prolífica a raíz de la Revolución francesa. Prestes dió a la luz un manifiesto. En él declara su "hermandad de lucha con las masas trabajadoras del Brasil". La conciencia de clase contaba con un adalid y una luminaria más.

DE LA ALIANZA AL CALABOZO

La marejada social se encrespaba por momentos en el Brasil. Sangrientas algaradas en el campo, torvas manifestaciones, asambleas protestativas, contiendas entre polizontes y paisanaje, toda suerte de tumultos en las ciudades. Millón y medio de huelguistas vino a coronar, con su volumen y significado, tamaño cortejo subversivo. Estamos a horcajadas entre el año de 1934 y el de 1935.

Es a la sazón cuando la necesidad del momento histórico partió la Alianza Nacional Libertadora. Crisol donde se fundían en compacta unidad múltiples elementos dispares: militares, marinos, comerciantes, hombres de co-



Cuando Prestes era cadete en la Escuela Militar de Río de Janeiro.

lor y hombres blancos, jornaleros rurales y proletarios ciudadanos. La Alianza acogía todo ideario de raíz antifascista. Es que un enemigo común se alzaba contra ella: el extranjero explotador y a la par el Gobierno, brazo ejecutor a sueldo de tal explotación. Menester era un esfuerzo que apuntara al mismo terror: la lucha "por la liberación nacional del Brasil, por la unidad nacional, por el progreso, el bienestar y la libertad de los pueblos". Este era en sustancia el cometido de la Alianza.

Prestes fué designado para acaudillarla. ¿Quién como él? Pero el imperialismo contrarrevolucionario, con el testafarro Vargas, velaba provida prestas las garras, en espera de coyuntura para despedazar la presa. A la Alianza se la maldijo como a cosa infanda. Comienzan las provocaciones, los acosamientos. Encolerizadas, con arrestos de dignidad que se defiende las masas se rebelaron en distintos puntos: Natal, Pernambuco, Río de Janeiro. Resultado: entronizamiento del terrorismo blanco. Diecisiete mil prisioneros abarrotan las cárceles brasileñas.

EL DERECHO, ESCARNECIDO

Allí, en un calabozo, está Prestes el luchador impetuoso y profundo. En el ámbito tremebundo no puede comunicarse con nadie. Ninguna noticia puede apagar con la esperanza el infierno de su desasosiego. En torno a Prestes, silencio, soledad, tinieblas. Acaso paladea el regusto de la muerte.

Porque de muerte se trata en este caso. Rencorosos y taimados, los enemigos del gran héroe se esfuerzan, esforzarán, por que el verdugo le atañe la cabeza. No es otra la intención inicial de leyes votadas meses ha por voluntad de Vargas el dictador. Conforme a ellas, el proceso puede celebrarse en la cárcel y celebrarse en el mayor sigilo. Los acusados no pueden comparecer. La defensa será por escrito, sin citación de testigos, y éstos en número de cinco, mientras la acusación puede presentar cuantos vengan a sus fines. Ello equivale a condenar de antemano al reo. Es la negación de todo derecho.

Ante tamaño peligro, un deber impone categórico: librar a Prestes de la infamia patibularia. ¡Que una brama de quietud eterna no empañe sus ojos!

EUGENIO F. DE LA PUMARIEGA



DOS SIMBOLOS.—La madre de nuestro Fermín Galán y la madre de Prestes.

VISADO POR LA CENSURA

Respuesta de José Bergamín, en nombre de los católicos del Frente Popular, al profesor Marañón

—He estado equivocado. Me he equivocado: «¡Mea culpa!»

Así ha confesado hace poco, en una emocionante entrevista que publicó «Le Petit Parisien», el sabio español Gregorio Marañón.

Y dió aun más importancia a su acto de contrición, añadiendo:

—Excepto algunos católicos, todos los intelectuales españoles piensan como yo.

Uno de los católicos más representativos entre los que están con el Frente Popular es Bergamín, el moralista y ensayista de «Caracteres», director y fundador de la revista «Cruz y Raya», en la que Marañón mismo colaboraba.

Ayer vi en París el rostro ardiente y tormentado y la silueta ascética de Bergamín; oí su voz apasionada.

Me había llamado para protestar, en el nombre de sus amigos políticos, contra las declaraciones de su gran compatriota y adversario. Sin ningún preliminar, comenzó así:

—Gregorio Marañón nos llama «modernistas»; ese calificativo no tiene ningún sentido. Católicos creyentes, que practican, hemos permanecido fieles al espíritu y a la letra de las encíclicas de León XIII, que nos ordena servir lealmente al Gobierno de nuestro país, cualquiera que sea.

El país vasco está en la actualidad dirigido por católicos, que tienen un delegado en el Gobierno de Valencia. Un buen cristiano debe respetar las leyes y obedecer a las autoridades regulares de su país.

Desgraciadamente, el primado de España, al declararse partidario de los rebeldes desde el principio del conflicto, ha arrastrado con él a la mayor parte del clero.

—¿Y no sería que el clero se creía amenazado en su vida y en sus bienes?

No era esto una aprensión vana, puesto que han perecido algunos clérigos y se han quemado algunos edificios del culto.

—No—replica Bergamín—; estas represalias no han sido determinadas por la función del ejercicio sacerdotal o religioso de sus hombres o de sus iglesias; estaban más bien dirigidas a los rebeldes, a los enemigos fascistas, cobijados en las iglesias o en los monasterios, y que tiraban sobre el pueblo.

Yo he visto curas combatiendo, con sotana, en el frente de Guadarrama. La responsabilidad del prelado a cuyos órdenes estaban es enorme.

—Pero, ¿y el Papa?

—El Papa no dice nada... No hay,

que yo sepa, ruptura oficial entre el Gobierno español y el Vaticano.

El abogado del Frente Popular, al explicarse así sobre el anticlericalismo de sus amigos católicos y sobre las ejecuciones de miembros del clero, continúa invocando la legítima defensa para justificar las demás reacciones de los gubernamentales.

—No es cierto—protesta—que se haya asesinado a diez mil Sirval, a treinta mil Ferrer, es decir, a hombres culpables solamente de sospechas de independencia de opinión, pues ni Ferrer ni Sirval habían tomado las armas.

Hemos tenido que defendernos contra enemigos interiores que transformaban sus casas en reductos y fortalezas. No podíamos dejarnos fusilar en la calle; era preciso salvar la República.

—¿Pretende usted que los hombres, las mujeres y los niños muertos eran todos combatientes?

—Más se han asesinado en el otro lado. Pero es evidente que estas reacciones masivas, por necesarias que fueran en algunas circunstancias decisivas, no pueden siempre disciplinarse. Causan víctimas y desbordan la justicia. Los únicos responsables son los jefes rebeldes, que han puesto al Gobierno en la obligación de llamar a la multitud y de desencadenarla.

Debemos remontarnos a los orígenes del conflicto para apreciar equitativamente los hechos de los republicanos, hasta aquellos que parecen crueles y excesivos.

En el mes de julio de 1936 España vivía en paz, bajo un régimen republicano, con un Gobierno parecido al vuestro, salido de un conjunto titulado, como el vuestro, Frente Popular. Como el vuestro, estaba compuesto de los principales elementos de la coalición democrática. Trabajaba dentro de la legalidad, sin recurrir a la violencia.

—La muerte de Calvo Sotelo...

—La muerte de Calvo Sotelo no ha sido sino un pretexto—interrumpe vivamente José Bergamín—. Conviene no desnaturalizar los hechos. Calvo Sotelo se había declarado abiertamente pretendiente a la dictadura.

Dos capitanes de guardias de Asalto, de reconocida lealtad, habían sido asesinados. Uno de sus camaradas se vengó. Es un error interpretar que al autor de este crimen no se le hubiese perseguido y castigado. Los rebeldes no dejaron a la justicia tiempo para seguir su curso, puesto que la insurrección estalló antes de cuarenta y ocho horas después de la muerte del líder fascista.

do caiga el primero, otro recogerá el fusil y seguirá tirando; y así el segundo y el tercero y el cuarto... Sólo un fusil hará fuego, pero éste durará tanto como la vida de los doce.

Esto es lo que oímos y vimos en esas horas maravillosas de trágica poesía, que sobrepasan en magnitud a la jornada, inolvidable sin embargo, de la Independencia.

Durante este tiempo se nos tiraba por la espalda. Eramos ametrallados desde las ventanas. ¿Podía oponerse el Gobierno a la inmediata respuesta y a los errores fatales y crueldades que esto traía consigo? ¿Había medio de hacer procesos y de obrar con orden, puesto que se le había impuesto el desorden?

Los más moderados se desbordan en circunstancias análogas. Son abolidas todas las distinciones de partido. Y aun los elementos turbios se mezclan en las causas más puras. No se distinguen las clases entre las doctrinas. Se está con o en contra. En estas alianzas ocasionales, los intelectuales pueden conservar su respectiva posición ideal. Pero no se puede pedir tanto a los hijos del pueblo.

—¿Eres tú comunista, anarquista, sindicalista, socialista, mi camarada?

Y el miliciano responde:

—Soy tu compañero.

Uno de ellos me ha dicho simplemente:

—No me ocupo de todo eso. Hay «nosotros» y «ellos». Eso es todo.

—En resumen—concluye el escritor católico—: Franco, al tomar la iniciativa del golpe de Estado, ha unido contra el común enemigo a antiguos adversarios que habrían podido luchar entre sí en el Parlamento o en el colegio electoral, pero que ninguno de ellos habría aceptado una dictadura militar.

Al crear el desorden nos ha forzado a defendernos como él nos había atacado: con actos irregulares... La cólera de la multitud es ciega, como también lo son las bombas incendiarias y los obuses. Miles de víctimas inocentes en los dos campos, pero un único asesino: la guerra civil.

Nunca, ni por acción ni por omisión, se salió el Gobierno de la legalidad en el momento del «pronunciamiento».

El ejército ha traicionado al Estado. Fué seguido por gran parte de la policía. Es decir, que los rebeldes dispusieron, desde el primer día, de todas las armas, de todas las fuerzas, para abolir el derecho.

El derecho no tenía a su disposición ningún medio regular de defensa, y rehusó, sin embargo, doblegarse... En una situación revolucionaria así, recurrió a procedimientos revolucionarios. Hizo un llamamiento a las masas populares y las armó como pudo, es decir, de una forma precaria. Pero, entonces, inflamó los entusiasmos e irritó las pasiones.

Me acuerdo de aquellas jornadas magníficas en que el pueblo se disputaba los pocos fusiles de que se disponía. He visto a doce milicianos partir hacia la Sierra con un solo fusil, y al extrañarme yo, me contestó uno de ellos:

—No estamos locos. Sólo combatirá uno de nosotros; los demás nos pondremos al abrigo, cerca de él. Cuan-



do caiga el primero, otro recogerá el fusil y seguirá tirando; y así el segundo y el tercero y el cuarto... Sólo un fusil hará fuego, pero éste durará tanto como la vida de los doce.

Esto es lo que oímos y vimos en esas horas maravillosas de trágica poesía, que sobrepasan en magnitud a la jornada, inolvidable sin embargo, de la Independencia.

Durante este tiempo se nos tiraba por la espalda. Eramos ametrallados desde las ventanas. ¿Podía oponerse el Gobierno a la inmediata respuesta y a los errores fatales y crueldades que esto traía consigo? ¿Había medio de hacer procesos y de obrar con orden, puesto que se le había impuesto el desorden?

Los más moderados se desbordan en circunstancias análogas. Son abolidas todas las distinciones de partido. Y aun los elementos turbios se mezclan en las causas más puras. No se distinguen las clases entre las doctrinas. Se está con o en contra. En estas alianzas ocasionales, los intelectuales pueden conservar su respectiva posición ideal. Pero no se puede pedir tanto a los hijos del pueblo.

—¿Eres tú comunista, anarquista, sindicalista, socialista, mi camarada?

Y el miliciano responde:

—Soy tu compañero.

Uno de ellos me ha dicho simplemente:

—No me ocupo de todo eso. Hay «nosotros» y «ellos». Eso es todo.

—En resumen—concluye el escritor católico—: Franco, al tomar la iniciativa del golpe de Estado, ha unido contra el común enemigo a antiguos adversarios que habrían podido luchar entre sí en el Parlamento o en el colegio electoral, pero que ninguno de ellos habría aceptado una dictadura militar.

Al crear el desorden nos ha forzado a defendernos como él nos había atacado: con actos irregulares... La cólera de la multitud es ciega, como también lo son las bombas incendiarias y los obuses. Miles de víctimas inocentes en los dos campos, pero un único asesino: la guerra civil.

José Bergamín cruza las manos sobre sus rodillas, con un gesto familiar inclina su busto para aproximarse y hacerme sentir el magnetismo de sus ojos.

Yo le presento una última objeción:

—No podéis decir que Marañón constituye una amenaza para vuestro partido, cuando fué señalado a «venganza popular», es decir, a la muerte, por el periódico de Largo Caballero.

Sobre este punto mi interlocutor se mantiene ajeno.

—Marañón no corría ningún peligro. Se le habría sacado a relucir en un periódico... Se trataba sencillamente de una polémica de Prensa. Ello no suponía ninguna consecuencia trágica.

Largo Caballero es incapaz de un gesto tal. Marañón fué invitado por el Gobierno a que fuese a Valencia, en donde habría sido acogido por el Ministerio de Instrucción Pública, co-



mo muchos otros escritores y sabios. No sé de ningún intelectual que haya sido asesinado en mi campo... Deme usted nombres, si es que conoce alguno. Yo os cito uno: Federico García Lorca, muerto por los fascistas en Granada.

Louis ROUBAND

Después del vil asesinato de Leopoldo Alas

Los intelectuales españoles protestan por este crimen y denuncian la calidad moral de los que luchan contra la inteligencia y la cultura

Un grupo de intelectuales españoles ha hecho pública la siguiente protesta por el asesinato del rector de la Universidad de Oviedo, don Leopoldo Alas:

«La condena a muerte de don Leopoldo Alas, rector de la Universidad de Oviedo, una de las más activas y creadoras de España, acaba de ejecutarse. El Tribunal que, al servicio de la traición armada, le condenó, no pudo dejar de reconocer «su conducta correcta en la cátedra», ni pudo inculparle de hecho más grave que el de haber celebrado, hace dos años, con una frase cordial, el indulto de la pena de muerte del diputado socialista González Peña.

Contra ese odio al pensamiento, contra ese sañudo trato dado a la Universidad, hubimos de luchar, como estudiantes, junto a millares de compañeros de todas las regiones de España, los que firmamos este documento, reproducción del que, con un hilo de esperanza, escribimos al conocer la inicua condena. Como entonces, nos dirigimos ahora a la conciencia de aquellos universitarios del mundo en quienes no esté decaído el sentimiento de universalidad. La muerte del rector de Oviedo, realizada por los que se proponen violentar el decurso histórico, degradando a la nación y al pueblo españoles a la condición de colonia, reclama le entrañable protesta de los que saben cuán esencial es para la vida del pensamiento, que es la de la Historia, la continuidad de un pueblo que tan esencialmente participa en ésta.

Y no se alegue, siquiera sea como inmoral excusa, este o el otro exceso cometido en la España leal a su destino. Uno de los hechos más insidiosos de los deliberados y llevados a cabo por los extranjeros que se sirven de Franco, fué despojar al Estado español de gran parte de los órganos e instituciones que podían restablecer el orden perturbado por la sublevación militar de julio. Nuestro pueblo, del que, en estas horas amargas y en

la espera de otras venturosas, nos sentimos orgullosos, ha sabido iniciar un orden en el que no se puede hallar sino fuerzas para la condenación de un crimen como el ejecutado con el rector de la Universidad de Oviedo. La causa de España, la de su independencia, defendida por el pueblo en masa, ha de triunfar por necesidad histórica. Mas ante este nuevo crimen, tan execrable como tantos otros cometidos por los facciosos, pero que alcanza carácter simbólico, tenemos el deber de denunciar la calidad moral de los que, al mismo tiempo que contra su patria, luchan contra la inteligencia y la cultura.

8 de abril de 1937.

Antonio María Sbert, director de la Residencia Universitaria de Barcelona; profesor José López-Rey y Arrojo, del Centro de Estudios Históricos; Francisco Ayala, decano de la Facultad de Derecho de Madrid; Prudencio Sayagués, profesor mercantil; Carmen Caamaño, licenciada en Letras y archivera; Fernando Arias, profesor de la Universidad de Madrid; doctor Mario Pittaluga, médico; Jesús Prados, catedrático de la Universidad de Salamanca; Francisco Giral, catedrático de la Universidad de Santiago; Arturo Soria, abogado; Rodolfo Halfiter, compositor; doctor Blas Cabrera Sánchez, médico; Manuel Martínez Iborra, abogado; Ricardo Fuente, catedrático; Manuel García Pelayo, profesor de la Universidad de Madrid; José Medina Echevarría, catedrático de Universidad; Eduardo Ayala, abogado; Vicente Herrero, abogado; Joaquín Rodríguez, catedrático de Universidad; Tomás Jaso, abogado; doctor Enrique Vázquez López, del Instituto del Cáncer; Emilio González López, catedrático de la Universidad de Salamanca; Pepita Callao, licenciada en Historia, archivera; María Victoria González Mateos, licenciada en Historia, archivera; Aurora Riaño, licenciada en Ciencias; Miguel Morayta, abogado; Esteban Mirasol, abogado. (Siguen las firmas.)

Nosotros somos la solidaridad

Para conocer el verdadero espíritu de los pueblos, no hay circunstancia más propicia que la que se da en las represiones de los Gobiernos tiránicos contra las masas populares, o en una guerra de las características de la nuestra.

El movimiento de solidaridad, bien organizado, es la fuerza más potente y eficaz que pueda existir como instrumento de ayuda a una causa justa y popular.

Ya en octubre del 34, los españoles —únicamente nosotros lo somos— tuvimos una prueba magnífica y grandiosa de lo que es y significa la solidaridad.

¿Qué hubiera sido de los centenares y millares de emigrados por aquella represión brutal, si no hubieran encontrado países como la Unión Soviética, Francia, Méjico, etc., que les acogieron como hermanos y les ofrecieron el calor y el pan de sus hogares?

Hoy, en una prueba mucho más dura y cruel, volvemos a experimentar en toda su grandiosidad cuál es el espíritu de sacrificio y admiración que para nosotros tienen los antifascistas de todos los países.

Las Brigadas Internacionales, formadas por trabajadores que dejaron sus hogares unos, y otros perseguidos por el fascismo de sus respectivos países, vinieron a unirse al pueblo español en una comunión de sangre y sentimiento.

La Unión Soviética y Méjico, acogiendo a nuestros hijos y enviándonos alimentos y ropas para hacer frente a elementales necesidades. Los trabajadores de todos los países, elevando ante la conciencia de los sordos y los mudos un clamor de protesta universal.

Los Comités de Ayuda al pueblo español en su lucha centuplican sus esfuerzos para, con un trabajo extraordinario, colaborar materialmente a esta guerra internacional por la independencia del mundo.

Los obreros norteamericanos, declarando el "boicot" a los productos alemanes e italianos...

Actos y manifestaciones públicas de protesta en Francia, Inglaterra, etc. Los obreros alemanes, organizando en la ilegalidad su trabajo antifascista...

Los obreros ingleses, negándose a cargar materiales para los rebeldes...

El mundo entero, puesto en pie, amenaza con terminar la tiranía de

los Hitler y Mussolini, carniceros y verdugos de los oprimidos...

Es la voz de la solidaridad que se oye potente y enérgica en todos los rincones de la tierra.

Es sencillamente que la conciencia universal se ha dado cuenta de que en España se ventila el porvenir de las democracias. El dilema de una oscuridad donde los hombres no serán hombres, o de una luz que alumbrará potente y magnífica un futuro de libertad, trabajo y paz.

La solidaridad de los pueblos está tan viva como la llaga dolorosa que es hoy España, y mientras exista la solidaridad de unos pueblos con otros y existan también hombres oprimidos y perseguidos, el Socorro Rojo Internacional, auxilio y ayuda de todos los necesitados, vivirá potente y enérgico, con la autoridad plena y la confianza de todas las conciencias rectas y justas.

Hoy más que nunca y siempre, el Socorro Rojo Internacional cumplirá su trabajo, lleno de sacrificios y sin sabores.

F. BOLEA



DONATIVOS recibidos por el Comité Provincial del S. R. I. de Madrid, del 2 al 9 de Abril de 1937

	Pesetas		Pesetas
Comisión de Abastos de Chozas de la Sierra.....	250	Personal de Intendencia del Matadero de Vallecas (Mercado de Olavide).....	223
José Pardo (Fábrica de Harina de Lozoyuela).....	500	Un camarada.....	300
31.ª Brigada Mixta.....	218	Camaradas de Valdeolmos.....	38,60
Personal de los Talleres de Sondeos y Cimentaciones.....	495	4.ª Brigada Mixta, Tercer Batallón.....	50
Trabajadores de Unión Bolsevera Madrileña, S. A.....	1.181,70	Personal de la Casa Zaid.....	92
Unión Radiotelegrafista Española.....	558	Sindicato Español de Trabajadores del Comercio.....	25
Idem id.....	623,75	Personal de la Papelería Española.....	86,65
Santiago Martín.....	100	Regimiento León, 3.ª Compañía, 2.º Batallón, 26.ª Brigada.....	25
Compañía de Oxígeno.....	333,80	Alfonso García (miliciano de la Columna Perea).....	25
Gregorio Berdman.....	100	Comité Central del Partido Comunista.....	77,50
Comité Servicios contra Incendios.....	125	Tercer Batallón de Fortificaciones (juego prohibido).....	22,15
Batería Franco-Belga.....	325		
Grupo Anti-Aéreo (Columna Internacional).....	1.000	DONATIVOS RECIBIDOS POR LAS SECCIONES	
2.ª Compañía, Tercer Batallón, 21.ª Brigada Mixta.....	267,50	Sección Este:	
3.ª Compañía, Tercer Batallón, 21.ª Brigada Mixta.....	205	Oficialidad del Batallón "Ambiente".....	3.653,90
Batallón Artes Blancas, 40.ª Brigada, Primera Compañía.....	1.165		

LUIS MINNOCCI

En el frente del Jarama, donde el heroico Ejército de Milicias populares lucha denodadamente por la libertad y la independencia del pueblo español, ha muerto un gran antifascista, un formidable luchador de gran corazón y recio temple, un luchador de esos que la Historia en sus hechos predestina para convertirle en héroe de la lucha por la libertad y el progreso. Este gran luchador, este gran hombre, es Luis Minnocci.

¿Quién era el compañero Minnocci? Minnocci era dinamismo, celo, trabajo; luchador infatigable, en fin, de la causa antifascista. Comisario político de Milicias, sólo tenía para sus compañeros cariño y palabras alentadoras en los momentos de peligro. Como comunista era el guión y norte de todos los que le rodeaban; para los anarquistas, simpatía, admiración; para los socialistas y republicanos, afecto, solidaridad, y para los trabajadores todos, para los hermanos del tra-

bajo, consejos, persuasión, palabra sincera y ejemplo de ciudadanía, de esa ciudadanía grande y majestuosa que sólo poseen los espíritus fuertes.

Activista infatigable del Socorro Rojo, llevó a cabo en la Sección Norte un trabajo impropio y fructífero para el glorioso S. R. I., formando grupos, iniciativas, suscripciones, colectas y toda esa gama de trabajos que un buen militante antifascista lleva a cabo.

Al rudo golpe que sus padres han sufrido con su muerte se une sinceramente la gran familia proletaria. El Socorro Rojo de España siente como suya esta pérdida tan sensible para la causa que defendemos.

¡Luis Minnocci ha muerto! Pero ¡qué importa, si a su limpia ejecutoria en vida le ha acompañado el broche de oro de su muerte gloriosa!

A. PEÑA LEON
Agi y Pro de Chamartín.

¡Ayuda con tu donativo a las víctimas del fascismo!

El Camino de la Solidaridad

REVISTA EXTRAORDINARIA SOBRE LAS ACTIVIDADES DEL SOCORRO ROJO DE ESPAÑA

Una magnífica publicación en huecograbado, ilustrada con fotografías, dibujos, estadísticas y documentos sobre el terror fascista. Cuarenta páginas dan a conocer a todos los grandiosos trabajos de solidaridad realizados por el S. R. I. antes y después del levantamiento fascista.

El esfuerzo gigante de octubre del 34 para salvar a los perseguidos, ayudar a los presos y conseguir la amnistía; la Sanidad y Abastecimiento organizados después del 19 de julio; los hospitales, Sanatorios, Hogares infantiles, Casas de Evacuados, toda la ayuda generosa prestada por el S. R. I. a los combatientes de la Libertad y a sus familias. Precio del ejemplar: 30 céntimos. De venta en todos los Comités del Socorro Rojo Internacional.

Pedidos: Comité Ejecutivo del S. R. I.—Montornés, 1.—Valencia.



AGUSTIN FERNANDEZ

El domingo día 4 del corriente la aviación fascista hizo acto de presencia en la popular barriada de Vallecas. Dejó, como siempre, caer unas cuantas bombas contra la población civil. Entre las víctimas inmoladas a la crueldad de esta guerra, un camarada: Agustín Fernández. Un niño con inteligencia y capacidad de hombre.

Militante de la J. S. U. y activista del Socorro en el Grupo Eladio Carrero, desembocó todo su juvenil esfuerzo en los primeros trabajos de recogida de ropas, donativos, etc. Durante la campaña realizada por el Socorro Rojo Internacional para la "No-

chebuena del Miliciano", Agustín Fernández trabajó de día y de noche, en jornadas agotadoras, para que a ningún camarada del frente le faltase el aguinaldo del Socorro. Al finalizar ésta pasó a la Comisión de Agi y Pro del Comité Provincial. Ultimamente trabajaba en la Comarcal del Puente de Vallecas, donde lo encontró la muerte en su puesto de trabajo en pro de la causa popular.

¡Salud, camarada! Tu sangre generosa se une a la de miles de antifascistas que derramaron la suya por el triunfo de la justa causa que nos es común. Tu memoria no se perderá.

Concurso de reportajes

Con esta fecha abre el semanario AYUDA un Concurso de reportajes, sobre las siguientes bases:

1º Los trabajos serán originales y verídicos, y versarán sobre uno de estos tres temas: a) Vida, ambiente y hechos de guerra de nuestros combatientes (reportaje épico); b) Sacrificios y sufrimientos de nuestros compañeros en campo faccioso (reportaje de terror); c) Trabajo, ayuda y solidaridad de la retaguardia (reportaje social).

2º Cada original constará de ocho a doce cuartillas a máquina, a dos

espacios, y vendrán preferentemente, aunque no necesariamente, ilustrados.

3º Los materiales se enviarán al redactor-jefe de AYUDA, Abascal, 21, Madrid, o a Montornés, número 1, Comité Ejecutivo del S. R. I., Valencia, firmados con un lema; adjunto se remitirá un sobre cerrado, en que vaya escrito el mismo lema, conteniendo el nombre y señas del autor.

4º Se establecen diez premios: uno de 150; otro de 100; otro de 75; otro de 50, y seis de 25 pesetas.

5º Los materiales que la Redacción

de AYUDA considere dignos de optar a cualquiera de los premios, o que sean simplemente publicables, irán apareciendo en este periódico a medida que se reciban.

6º El Jurado podrá declarar desierto cada uno de estos premios, caso de que los trabajos recibidos no correspondan, por su calidad o por su carácter, a las bases del Concurso.

7º El Concurso se considerará cerrado el 20 de julio de 1937, y el fallo recaerá igualmente sobre trabajos publicados que por publicar. Inmediatamente después de esta fecha se procederá a la distribución de los premios.



CATALUÑA AYUDA A MADRID.—Un tren, con 38 unidades, cargado de víveres, que nuestros hermanos de Cataluña, por mediación del Socorro Rojo catalán envía a nuestra heroica ciudad.

MANIN

(UN CUENTO QUE PUEDE SER HISTORIA)

—¡Mira, Manín; mira lo que te traigo hoy!

Y la buena mujer, enamorada de la belleza fuerte y ágil del pequeño, le muestra una mandarina brillante y jugosa, que Manín se apresura a arrebatársela de la mano.

—Bueno, bueno—interviene Filo (la madre del festejado)—, que me vais a echar a perder al chico con tanto mirar.

—Hija, ¿y qué culpa tengo yo de que hayas traído al mundo un rapaz tan precioso?

En efecto, Manín (Mariano), con sus cinco años—que parecen ocho—, su carota sana y colorada, es un precioso ejemplar que promete ser en un mañana cercano un hombre fuerte, bondadoso y robusto. La madre le contempla con ternura y replica jocosa:

—¡A ver qué pasa! De un padre guapo y de una madre guapa no podía salir un chico feo.

Las vecinas ríen con esa risa fácil, tan peculiar entre las mujeres del pueblo. De pronto una, dejando de reír, lanza la voz de alerta:

—¡Chachas! ¡El herrero!

Y todas las mujeres revierten sus miradas hacia la entrada del patio, por donde aparece, no el camarada de mono azul y manos ennegrecidas por el trabajo, sino una muchacha limpia y animosa, que tiene (desde hace varias semanas) la misión de visitar esta casa y otras de la barriada, tratando de convencer a sus habitantes de la necesidad perentoria de abandonar Madrid, con sus pequeños, tan amenazados por la metralla fascista, por las incomodidades y por las privaciones de todas clases.

—¡Pero, compañeras! ¡Todavía aquí!... ¿No ha salido una siquiera? Pero, ¿es que no os dais cuenta del peligro que corréis? ¿Es que no hay quien os meta en la cabeza que ninguna madre tiene derecho, por sí y ante sí, de disponer de la vida de sus hijos? ¿No comprendéis que en los frentes vuestros compañeros luchan animosos e incansables por conseguir para sus hijos un porvenir feliz? ¿Qué contestaréis a ese compañero, abnegado y bueno, el día en que una bomba o un obús siegue la vida de alguno de estos pequeños y él os acuse de esta desgracia?

Las mujeres la escuchan silenciosas y hurañas. Saben que la muchacha tiene razón; que todos los días caen víctimas de la metralla enemiga muchos seres inocentes que hubieran podido salvarse con solo haberlos alejado del infierno de la lucha. Como saben también que muchos otros acaban por enfermar de miedo o de desnutrición, ya que el avituallamiento de la población tropieza cada día con mayores dificultades. Y no encuen-

tran razones que oponer a la filípica de la muchacha limpia y animosa.

Una, por fin, aventura una disculpa pueril:

—Sí, pero ¿y nuestras casas?

—Vuestras casas serán precintadas y quedarán bajo la custodia de la Junta Delegada de Defensa de Madrid. Además, podéis dejar, debéis dejar un inventario de todos los objetos que quedan en la vivienda, y si (caso improbable) al volver notéis la falta de algún objeto, os sería devuelto indefectiblemente.

Ya no encuentran ningún argumento que oponer y callan todas. Sólo la Filo, estrechando fuertemente a su rapaz, afirma, rotunda:

—¡Yo no me separo de mi Manín!



—Ni falta que te hace. Vete tú con tu Manín.

—Eso. Y el compañero, en el frente.

—Tu compañero queda a nuestro cuidado, y te garantizamos que no ha de faltarle nada. Es más: te aseguramos que tu compañero vivirá completamente tranquilo cuando os sepa alejados de este infierno.

Calla también la Filo. La muchacha inicia el mutis. Tiene todavía que recorrer muchas casas como ésta y tratar de convencer a muchas mujeres que se obstinan en no abandonar Madrid, y, lo que es más grave, en no consentir que lo abandonen sus hijos. Todavía, desde la puerta, se vuelve para decir:

—Bueno: que mañana vuelvo, y quiero encontrar este patio vacío. Pedidme todos los detalles, todas las facilidades que necesitéis, pero largaros de aquí... Largaros, por lo que más queráis. Y tú, Filo, coge ese chico y márchate cuanto antes. Mira que sería un dolor que se te desgraciara una criatura tan hermosa... ¿Te irás?

—¡Y dale! ¡Mi madre! ¡Machaca más que el herrero de la esquina!

La frase cayó en gracia, y esta es la razón de que a la muchacha limpia y animosa se la conozca en el barrio con el remoque de "El herrero".

Amanece. La Filo, hacendosa y diligente, se ha despertado con las primeras luces del alba. Van a dar dos kilos de carbón y hay que prepararse para unas cuantas horas de "cola". Y al abrir el ventano de su pequeño dormitorio, lanza a gritos una exclamación jubilosa:

—¡Ahí va! ¡Pero si está lloviendo!

La frase tiene la virtud de despertar a las demás vecinas, que asoman, ansiosas, sus caras adormiladas. Y hay una alegría inusitada en su mirar. Los nervios (tantos días seguidos en tensión violenta) se aflojan, por fin. Saben que hay que esperar unas cuantas horas en las "colas", bajo la lluvia, y sin embargo se alegran, porque mientras dure la lluvia no será tan inminente el peligro de las bombas y de los obuses. Y una comenta, ansiosa:

—¡Ojalá estuviera lloviendo todo el invierno! Pero no llueve todo el invierno. Los inviernos de Madrid tienen más días de sol que de lluvia. Y con el primer rayo de sol aparece en el espacio el primer Junker, que busca con odiosa saña los barrios extremos, donde no hay hombres (que todos, conscientes de su deber, trabajan en la guerra o para la guerra), pero donde encontrará buen número de mujeres y niños en quienes vengar su fracaso de los frentes.

Y también con el primer rayo de sol, y como lanzada por él mismo, aparece en el patio de nuestro cuento (que puede ser historia) la muchacha limpia y animosa ("El herrero"), que esta vez tiene la alegría de comprobar que la casa se ha quedado casi vacía. Las mujeres, convencidas por fin de la necesidad urgente de abandonar Madrid y de que sus pobres hogares serán rigurosamente respetados, han ido alejándose una después de otra. Sólo la Filo, aferrada a su manía de no moverse de Madrid, repite con obstinación monótona su estribillo:

—¡Yo no me separo de mi Manín!

Y lo repite una y otra vez, como queriendo convencerse a sí misma de que lo que hace no es una monstruosidad; como queriendo buscar ante sí misma una justificación a su conducta reprochable.

Hoy dan aceite en Tetuán. Y allá va la Filo, siempre con su hijo, a formar en la "cola" interminable, que probablemente visitarán los aviones enemigos, porque hoy es día de sol. Y en efecto: una mujer aguza el oído, porque ha creído percibir un ruido sospechoso. Y segundos después todas perciben ya el rurruneo fatídico de los pajarracos de la muerte. A este ba-



rrío acuden en bandadas. Saben que aquí la matanza puede ser considerable. Las mujeres elevan la vista angustiosamente, pero no se deciden a abandonar la "cola". Y de pronto un estampido ensordecedor avisa que ha sido lanzada la primera bomba. Las mujeres, despavoridas, corren a refugiarse en el llamado Campo de los Hornos, y allí, pegadas al suelo, esperan, con el alma puesta en los oídos, que los aviones se alejen de la barriada. Pero no sucede así. El campo, extenso, permite planear a los aparatos, que descienden casi a ras del suelo para ametrallar a su placer a aquella pobre multitud, que queda convertida en un montón informe de trapos, barro y sangre.

Cuando el humo y el polvo, al disiparse, lo permiten, se ve trajinar afanosamente una multitud de seres que corren en socorro de los caídos. La Cruz Roja y el Socorro Rojo, ayudados eficazmente por los pocos vecinos que han tenido la suerte de resultar ilesos, se desviven y centuplican sus actividades, sin darse punto de reposo.

—¡A ver! ¡Aquí! ¡En seguida! Este niño respira todavía...

De entre un montón de tierra levantada por la metralla han extraído el cuerpecito palpitante de un niño, cuya carita inmóvil parece de cera.

Han transcurrido tres años. Y la mañana soleada de un día de octubre nos muestra un Madrid completamente distinto. Multitud de seres se mueven afanosos y alegres en fábricas, talleres, oficinas y establecimientos de todas clases. En los barrios extremos, de las ruinas causadas por la metralla asesina han ido surgiendo grupos de casitas higiénicas, soleadas y confortables. A la puerta de una de estas casitas, sobre un sillón de ruedas, yace un niño pálido, de mirada profundamente triste.

De la casa vecina sale rápido un muchachote colorado y robusto, que lleva bajo el brazo un puñado de li-

bro. Sin detenerse, grita cariñoso al pequeño enfermito:

—¡Salud! ¡Hoy no me detengo, que voy tarde, Manín!

En efecto, es Manín el pobre niño pálido, que yace clavado en su sillón de ruedas. La madre, terriblemente envejecida, le cuida amorosamente, y al levantar la manta que cubre las extremidades inferiores del pequeño deja al descubierto dos muñones horripilantes. La naturaleza robusta del muchacho pudo más que las bombas enemigas, pero para salvarle la vida fue preciso amputarle ambas piernas.

Al oír la voz amiga, el niño vuelve la cabeza y en su triste mirada hay un leve destello de alegría:

—¡Qué colores tienes siempre tú!

—¡Anda! Pues ya se me van quitando algo. Cuando volví de Alicante, talmente parecía un cangrejo cocido. ¡Claro! Como nos tenían todo el día cara al sol en aquella playa de San Juan...

Y el pequeño atleta apresura el paso para no llegar tarde al colegio.

Manín, extático, contempla las piernas fuertes y ágiles del amigo.

—Madre, así tendría yo las piernas ahora, ¿verdad?

La pobre madre cree adivinar una acusación en la sencilla frase del hijo, y pretextando un quehacer se interna en la casa. Y allí, en el rincón más apartado, llora silenciosas y amargas lágrimas de remordimiento.

Mientras tanto, el pobre parálítico, condenado a permanecer de por vida postrado en su sillón de ruedas, al comprobar que nadie le oye, lanza un sollozo desgarrador que brota de su pobre alma atormentada, y por primera vez desde la fecha trágica se decide a pronunciar la frase que "in menti" ha repetido ya tantas veces, y que es, al mismo tiempo, protesta y queja y acusación atroz:

—¡Por qué no me sacaste de Madrid?...

P. BERNAL

C. 21. R. Guindalera (Prosperidad).

DE MADRID A CHERA

CON LOS NIÑOS EVACUADOS DE MADRID

Madres españolas, queridas amigas: ayer os he visto llegar a la calle de Lista, en Madrid, con vuestros hijos para evacuarlos. Y he sentido cuán duro es para vosotras el verlos marchar. Algunas habéis venido con cuatro o cinco hijos; otras, con uno solo, un hijo único. He visto llegar a Pedro, el niño de once años, con sus bonitos ojos negros y serenos, y a tres pequeñas: Carmen, la menor, rubia, con figurita de rosa; Sara y Manuela, algo mayores, y un niño de diez años con una capa militar y de diez años con un aire desprendido de soldado que sale a defender su patria. Juan y Faustina, Juanita e Ignacio, estaban también allí, con otros muchos niños de ojos serenos y nombres musicales.

El más pequeño, cogido de la falda de su madre, besaba a su hermanito y se despedía de él.

Yo he visto, compañeras, lágrimas en vuestros ojos cuando veáis subir vuestros hijos al autobús. El autobús que llevará a vuestros hijos fuera de la capital bombardeada.

Y estaba segura de que vuestro corazón se desgarraba y que pensabais cuándo volveríais a ver a vuestros hijos.

Pero los niños, como toda la juventud, se sentían alegres con la idea del viaje, sin pensar en la separación.

Era un día frío y oscuro y las fotografías que he tomado han quedado borrosas. Pero en ellas podréis, al menos, reconocer a vuestros hijitos con el puño en alto.

Inmediatamente después de la partida, los niños empezaron a cantar. Yo iba delante, junto a los camaradas Wilton y Holloway, que se turnaban al timón. Algún tiempo después los niños pasaron a cantar, y tuvimos que detenernos dos o tres veces porque algunos de ellos se habían mareado por el movimiento del coche; pero en seguida se repusieron y continuaron como si nada hubiera pasado.

Iba un niño que, sin estar enfermo, parecía enfadado. En Campillo hicimos alto para tomar un bocadillo en casa de unos campesinos.

De Campillo a Chera hay una larga distancia. Al dejar la carretera de Valencia el camino se hizo áspero y lleno de curvas, pero nuestro chófer, poniendo todo su cuidado, nos llevó al fin, sanos y salvos, a nuestro destino. Era muy avanzada la noche cuando llegamos, y no pudimos ver las caras de los que acudían a saludar a vuestros hijos.

Entramos en una casa, en cuyo hogar ardía un fuego magnífico, y vuestros hijos, cansados, se sentaron en pequeñas sillas en derredor de él y guiñaban los ojos a las grandes sartenes donde se les preparaba la carne, los huevos, las patatas...

Para la cena de vuestros hijos se ha matado un cordero.

Yo he visto a la pequeña Carmen con lágrimas en los ojos, y cuando le pregunté si tenía hambre, me contestó que no con la cabecita. Yo estaba segura de que extrañaba la ausencia de su madre. Cuando la cena estuvo preparada, comió con el mismo apetito que los demás. Más tarde vino una campesina y se llevó a Car-

men, en brazos, a dormir a su casa. Otros se trasladaron también a sus nuevos domicilios.

Yo he dormido en una casa en que estaban alojados cuatro de vuestros hijos. Después de tantas noches de bombardeos, aparecían muy tranquilos, esperando la llamada de los pajarrillos en la madrugada.

Al levantarme oí las voces de vuestros hijos. Las oí más fuertes y alegres, cuando bajaba la estrecha escalera que conduce a la sala donde se hallaban tomando el chocolate con pan tierno.

Mientras los niños desayunaban, yo di un paseo por el pueblo. Chera me dió la impresión de ser el lugar más delicioso que había visto. Se parece a un brillante engastado entre montañas.

Entré en una casa y encontré al pequeño Pedro. Me dijo que allí vivía un niño de su edad con el que podía jugar. Habitaba en una casita blanca con un dedo de flores en las paredes. En la chimenea había rústicos objetos de barro, muy bonitos, bañados de delicados colores azul y rosa y arreglados con el mismo buen gusto.

Antes de marchar vi al médico del pueblo, hombre muy bueno, querido

particularmente de los niños. Me aseguró que el pueblo era sano, que no se conocía ninguna enfermedad.

Queridas madres: yo creo que seríais muy felices si pudierais ver a vuestros hijos evacuados a este pueblo de Chera: felices de saber que están a salvo de las bombas de los brutales fascistas; que están bien alimentados y, sobre todo, que se hallan al cuidado de buenos camaradas.

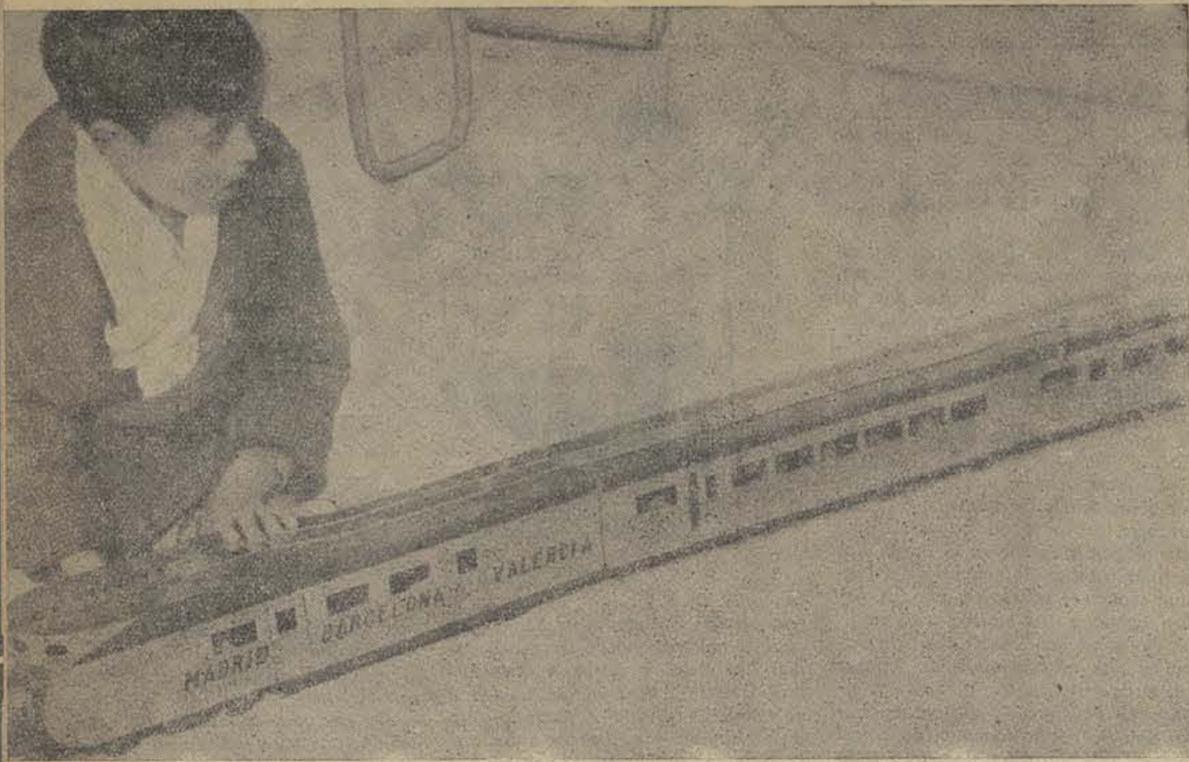
Lo que más me ha agradado en vuestro país es la ternura hacia los niños.

Por mi parte, espero que después de la guerra tendré ocasión de volver a visitar Chera; en cuanto a vosotras, queridas madres, espero que vuestros hijos volverán a vuestro lado después de la victoria del pueblo y que tendréis también ocasión de visitar estos buenos campos que han soñado vuestros hijitos.

Recibid, madres de Madrid, los más calurosos saludos de vuestra

CARMEL HADEN GUEST

(Miembro de la Comisión de Ayuda Inglesa para la evacuación de niños de Madrid.)



Un Hogar Infantil del S. R. I.

Con los hijos de nuestros combatientes

En Orihuela, en el Hogar Infantil del Socorro Rojo, los hijos de nuestros heroicos combatientes, lejos de sus padres y de sus hermanos, pero también lejos de los frentes de combate, al abrigo de las bombas extranjeras, están capacitándose para el mañana nuevo. Una tarde de últimos de marzo, aprovechando un viaje fugaz, hemos tenido una entrevista con un grupo de niños de la Guardería. De ella ha salido este reportaje, que dedico a mis amigos Elena, Pilar, Chao, Diego y Pepe, maestros de la Guardería. Recibid, amigos, este sencillo presente, junto con mi admiración, por la gran labor, plena de vida y de fe nuevas, que estáis llevando a cabo.

Estamos en la clase. Los ventanales enmarcan vistas de la huerta de Orihuela en un día tibio de sol. Un verde uniforme salpicado de palmeras, que se balancean lentamente en el aire denso, se ofrece a nuestros ojos. Como telón de fondo nos cierran la mirada montañas rojizas y peladas bajo un cielo intensamente azul.

Continuamente se abre la puerta. Entran los chicos aisladamente o en grupos de dos, de tres. Me miran y se sonríen al acercarse.

—Mirad—les digo—, podéis sentaros o permanecer de pie. Como os sea más cómodo.

Casi todos se sientan y me contemplan con curiosidad desde sus pupitres, levantando las cabezas.

—Ya no entrará nadie más—me han dicho, y han cerrado la puerta.

—¿Sabéis quién soy?
Sí que lo saben. Uno me dice:
—Tú eres periodista y vienes de Madrid. Nos lo ha dicho Chao.
Otro alarga el cuerpo desde su pupitre y me tira de la manga:

—Camarada: cuéntanos cosas de Madrid.

Yo..., ¿qué podría contarles? Me miran los niños con ojos atentos, pendientes de mis menores gestos. Comprendo que el tema es tan airayente para ellos, que cualquier cosa que les contase les entretendría. Al fin me decido:

—Os voy a contar todo lo que sé y todo lo poco que he visto. Quiero haceros comprender por qué esta guerra es hermosa y por qué es horrible. Como yo me expreso mal, tenéis que estar atentos, y así, lo que yo no os sepa decir, vosotros lo adivinaréis.

Soy el acerico de todas las miradas y unánimemente los rostros muestran un gesto de perfecta seriedad.

Yo les hablo de lo que vi en el frente de Guadalajara, con los menores detalles. Lo más sencillamente posible les voy narrando nuestro glorioso avance. Por las imaginaciones infantiles, el ejército invasor abre los sucios caminos de la huida, perseguido por el Ejército del pueblo. Trijueque, Brihuega..., los pueblos reconquistados, cobran un valor insospechado en la Geografía sentimental del momento.

—... Y allí se batieron como leones Lister, Campesino, Mera... Ante aquel empuje arrollador se les encogió el ánimo a los italianos, que corrieron como galgos...

A los niños les brillan los ojuelos alegres. Se oyen exclamaciones de júbilo e insensiblemente la pequeña tropa se ha opiñado a mi alrededor.

Ahora que están alegres:
—¿Pero sabéis todo lo que este glorioso avance ha costado?

No; los chicos no lo saben. Simplemente, están contentos. Eso es todo.

Entonces, yo les hablo de los días anteriores al avance, cuando nuestros soldados, cerca de Torija, tuvieron que aguantar por espacio de unos días las inclemencias del tiempo. Tumbados en el suelo, bajo una lluvia pertinaz de aguanieve; el viento errante de la meseta enduciría los rostros y amaratada las manos que empuñaban el fusil. Así estuvieron dos días. Después vino el avance, y el ansia de victoria llevó a aquellos hombres más allá de donde sus simples fuerzas físicas lo hubieran permitido. Uno de nuestros soldados, sentado en el suelo, lloraba de desesperación porque sus piernas se negaban a sostenerle. El hubiera querido avanzar, avanzar siempre hasta arrojar de nuestro suelo al último invasor; pero sus piernas... Por eso lloraba nerviosa, desesperadamente.

La figura patética de este soldado del pueblo ha prendido en el corazón de los niños, y la emoción madura hace inclinar algunas cabezas infantiles.

Yo hablo, hablo... No sé cómo—ellos se debe el prodigio—mi palabra se ha vuelto flúida, y por la mente de los niños se desliza, viva y dinámica, la cinta de la guerra. Las noches de puesto sin luna, cuando los ojos se abren ansiosos a la oscuridad enemiga, esperando de un momento a otro el ataque, mientras el corazón late disperso, lleno de ansiedad y zozobra. La vida, como topas, en las trincheras enfangadas por las recientes lluvias, sin más distracción que ver pasar las nubes, y así un día, y otro, y otro..., hasta que la muerte llega, a veces de una manera estúpida, otras de una manera heroica, pero la muerte... Los campos arrasados, sembrados

de cadáveres boca arriba, boca abajo, bajo un cielo inclemente. Los bombardeos de la aviación facciosa sobre la población civil: seres inocentes inmolados a la crueldad satánica de esta guerra. Las persecuciones y los tormentos de nuestros hermanos que están en territorio fascista... ¡La guerra es horrible, horrible...!

—Sí, la guerra es horrible—dicen los ojos de los niños.

Aurora Galache tiene la mirada pensativa. Aurora Galache es huérfana. Antes del movimiento vivía con sus tres hermanos. Como era la única hembra ella, a pesar de sus pocos años atendía a las faenas de la casa y cuidaba de sus hermanos. Ahora piensa en ellos. Sólo sabe que Manuel es bombardero. Cuando lee en los periódicos las hazañas de nuestra aviación, Aurora piensa en su hermano Manuel con admiración y zozobra. De sus otros dos hermanos no sabe más sino que Constantino está en la carretera de Extremadura, y Florentino en El Escorial. Quisiera que esta guerra se acabase pronto para besar a sus hermanos, para vivir con ellos nuevamente; pero ella comprende...

¿Por qué Lorenzo Toledo está serio, serio? ¿Y quién ha puesto esa leve sombra, esa arruga de hombre, en su frente infantil? El lo dice sencillamente, con su voz opaca:

—Mi padre se marchó a la Sierra cuando los fascistas querían entrar en Madrid. Vino un día a casa con un fusil al hombro. Nos besó a mí y a mis tres hermanos. Hace ya mucho tiempo. Desde entonces no sabemos nada de él.

Lorenzo Toledo tiene diez años tan sólo y ya sabe lo que cuesta ganar la guerra. Lo saben todos: Antonio Rincón, que tiene a su padre en el frente del Jarama y a su madre en el cuartel de la Motorizada, de Chamberí, transportando heridos; Julia Varela y sus hermanos, que no han besado a su padre, Eugenio Varela, desde que empezó la guerra; Eusebio

García, Antonio Guallart, Manuel Moreno, José Abascaí... todos tienen a sus padres, a sus hermanos, defendiendo con el fusil en la mano, en las trincheras de Madrid, el porvenir, la risa de estos niños... Por eso, Lolo Agudo me dice dulcemente:

—Camarada, cuéntanos más cosas del frente de Madrid.

—Sólo esto: Ya sabéis vosotros, niños, lo que cuesta la guerra. Todo el sufrimiento, todo el hondo dolor de esta guerra es por algo. También lo sabéis vosotros. Vuestros padres, vuestros hermanos mayores combaten y mueren en las trincheras para que se acaben todos los privilegios de casta, para crear una España nueva que sólo vosotros conoceréis... Aquí están vuestros maestros: Pili, Chao, Diego, Pepe. Sólo viven para vosotros. Sed dignos de vuestros padres, de vuestros hermanos, de vuestros maestros. Mucho os pedimos, porque mucho os damos. Pero es que sabed, niños, todas vuestras esperanzas están depositadas en vosotros. En vuestras frágiles manos se moldea ya la nueva vida que nace entre tantos dolores y angustias... Sed dignos de todo esto, niños. Los miro. Sí, ellos han comprendido.

Salimos en silencio de la clase, y ya en el pasillo, Benjamín Domingo me dice:

—¿Cuándo te vas a Madrid?

—Esta tarde.

—Nosotros, ¿sabes?, quisiéramos darte una cosa para el periódico. Un saludo para los que luchan en Madrid. ¿Quieres?

—¡Cómo no he de querer!

Mientras ellos se reúnen para redactar la cuartilla, yo me he quedado solo, por unos momentos, en el corredor de cristales. Hasta allí suben las voces de los niños, que cantan la «Joven Guardia»:

... Los que trabajen, comerán;
la explotación va a concluir.

Todas las palmeras del valle dicen que sí a la tarde.

Juan José MORENO



Camaradas del frente de Madrid salud: un nombre del Hogar Infantil del S.R.I. os enviamos de pequeño aliento para que no perdáis jamás las esperanzas y estar seguros de que en caso necesario ocupamos nuestros puestos.

Siempre visto varios reportajes al heroísmo y valor con que lucháis, y aplastáis al fascismo cual que hasta cierto tiempo os explotó, y también hemos visto nuestros avances con vuestras esperanzas y calamidades.

Aquí nosotros con nuestros pequeños esfuerzos hacemos propaganda para que no os falten nunca jamás, porque en el momento que os faltara perderían los ánimos y Madrid sería arrebatada por las fuerzas extranjeras e invasoras de nuestro país; estar seguros de que nada os faltará para que pase cuente lo que cuente. Camaradas para que no os seamos pesados comprendemos e con esta guerra tenéis lo suficiente para no andar a nadie, ni a nada solo os desahumamos.

que no perdáis los ánimos y tener confianza en nosotros, vosotros lucháis con el fusil, nosotros damos nuestra inteligencia a la causa porque nuestro trabajo en la retaguardia es útil para la Revolución.

Nos despedimos de vosotros con estas palabras: antes de morir bajo el látigo sangriento preferiré vivir como leones con el fusil en una mano y el martillo y la hoz en otra.

Camaradas del Frente de Madrid

SALUD

continúan en redacción

Benjamín Domingo

H. H. H. H.

Agustín Campillo

Leandro Toledo